



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



LA MANIPULACIÓN PERIODÍSTICA POR MEDIO DEL LENGUAJE¹

Juan Cantavella²

Entre las muchas propiedades del lenguaje se encuentran la sutilidad y la destreza con que es posible insinuar y dar a entender, sugerir y dejar adivinar, inspirar sin mandar expresamente, aludir de forma indirecta e ironizar, o sea, situarnos en el terreno amplio y elusivo que se extiende entre el decir y el no decir. No todos los hablantes dominan esa habilidad, porque hay quien sólo se expresa clara y contundentemente, pero otros en cambio se mueven como pez en el agua en el ámbito intermedio, ese que ni afirma ni niega, pero que no hace falta entrar en mayores precisiones para saber qué se nos quiere decir. El que lo escucha o el que lo lee suele captar lo que hay detrás de las palabras y sabe a qué atenerse.

Si en el periódico que estamos hojeando el redactor escribe sobre una situación conflictiva y emplea expresiones del tipo "creemos saber" o "no sería errado suponer que", se está jugando con una posibilidad, que no certeza, y por tanto se deja en el aire si lo afirmado es verdadero o no: cualquier cosa es posible, pero la mayoría de los lectores tomarán como cierto lo que allí sólo está insinuado. Sin embargo, en el caso de que no tenga razón, nadie podrá acusar al periodista de haber declarado algo falsamente, porque se pueden apreciar las reservas con que ofrecía lo que tan sólo era una

¹ Conferència celebrada al Cercle Artístic el dia 17 de maig de 2002.

² Profesor agregat de Redacció Periodística a la Facultat d'Humanitats a la Universitat San Pablo-CEU (Madrid).

³ DOVIFAT, Emil: *Periodismo*. México, UTEHA, 1959, t. I, p. 126.

sospecha⁴. Lo mismo podría decirse de una forma de titular que ofrece elementos de duda, incertidumbre o indeterminación, del tipo "El presidente anunciaría hoy su dimisión". Es lo que técnicamente se denomina un condicional de rumor; un planteamiento que no resulta aceptable, porque ese tipo de enunciados puede albergar cualquier tipo de afirmaciones, que después se cumplirán o no se cumplirán: con ese sistema se pueden anunciar las situaciones más peregrinas, del tipo "Los extraterrestres podrían invadir esta noche el cielo de Ciutadella", pues, sí, claro que podrían, por más que sea absolutamente improbable que tal hecho suceda⁴. Como no se ha afirmado nada taxativamente, no hay desdoro para el periodista si el aserto, formulado con esa expresión vaga, no llega a cumplirse.

Situaciones de este tipo y otras muchas que vamos a detallar más adelante entran de lleno en lo que podríamos calificar de manipulación, un proceso que se ha producido en todas las épocas y en todos los pueblos. "La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira", llega a decir, con la impetuosidad que le caracteriza, el pensador francés Revel como punto de arranque de uno de sus libros⁵. Siempre ha habido personas deseosas de enredar, de intervenir sutilmente en las decisiones y en los sentimientos de los demás; de buscar por medios soterrados los cambios ajenos que les beneficien, de forma que tiraban la piedra sin que se viera la mano que hacía el daño⁶. Lo han hecho los tiranos y los caciques, los dirigentes de ámbitos muy diferentes y, en general, todos aquellos que pretendían el poder y los que querían perpetuarse en él. Lo han hecho sobre todo quienes anhelaban dirigir las conciencias sin que se notara la taimada habilidad con que se introducían en ellas.

Pero quizás en nuestros días este esfuerzo delicadamente intimidatorio se aprecia como más acusado en el seno de nuestra

⁴ LÁZARO CARRETER, Fernando: "Vivir en 'cantaría'" e "Israel dispondría de la bomba atómica", en *El dardo en la palabra*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1997, p. 95-97 y 384-387. También en LAPESA, Rafael (coord.): *Comunicación y lenguaje*. Madrid, Karpós, 1977, p. 277.

⁵ REVEL, Jean-François: *El conocimiento inútil*. Barcelona, Planeta, 1989, p. 9.

⁶ Para Niceto Blázquez, "el manipulador es más que nada un experto o adiestrado en trucos y secretismos que le reportan prestigio y beneficios lucrativos (...). Las personas se dicen manipuladas en tanto que son manejadas por otros, interviniendo selectivamente en los procesos de la naturaleza o del pensamiento humano, destruyendo previamente la capacidad de reacción crítica defensiva frente al manipulador" (en *Ética y medios de comunicación*. Madrid, BAC, 1994, p. 39). Lo trata también María Victoria Reyzábal: *Propaganda y manipulación*. Madrid, Acento Editorial, 1999. Es un tema que interesa mucho en nuestros días y la prueba está que en poco tiempo han sido divulgadas dos obras que lo abordan. Véase Isabelle Nazare-Aga: *Los manipuladores*. Barcelona, Ediciones B, 2002, y Alex Mucchilelli: *El arte de Influir*. Madrid, Cátedra, 2002.

sociedad. La manipulación se percibe en todos los estratos y en todas las direcciones. Por supuesto por parte de políticos y de jerarcas religiosos, pero también de publicitarios, abogados, vendedores, educadores, parientes y allegados... parece que todas las personas nos dedicamos de alguna manera a aparentar lo que no somos y a influir en los demás para que piensen y se comporten como nos gustaría a nosotros que lo hicieran. Ante semejante invasión no nos queda otro remedio que revestirnos de una coraza para protegernos; necesitamos un paraguas que nos ponga a cubierto de las insidias ajenas.

Hablamos de manipulación, pero de aquella que se lleva a cabo a través del lenguaje. Porque éste sirve para comunicarse y para poner de manifiesto la verdad, para enseñar y para transmitir amor, pero también para ocultar la verdad y para hacer creer lo contrario de lo que se piensa. Como ha dicho un filósofo, el lenguaje "ofrece recursos increíblemente eficaces para distorsionar el sentido de realidades y acontecimientos. El lenguaje es temible por ser ambivalente: puede servir a la verdad o a la mentira; puede ser tierno o cruel, acogedor o arisco, denso de sentido o banal; puede ser vehículo de creatividad o medio poderoso para anular toda posibilidad de juego. El lenguaje es un arma de dos filos tan admirable como peligrosa"⁷. Evidentemente, puede ser todo eso y muchas cosas más.

Pero no vamos a referirnos a todos los órdenes donde se produce esta invasión de las conciencias, sino que nos centraremos en el mundo que para algunos de nosotros resulta más cercano por inclinación y trabajo: el de la prensa. La acción manipuladora, cuando se produce en este terreno, también es muy lamentable, por cuanto hay una confianza por parte de los usuarios, porque los lectores se entregan de buena fe a recibir las noticias y comentarios que se les ofrecen y en ningún momento adoptan precauciones ante mensajes no explícitos.

Hay que asegurar de entrada que los medios de comunicación no pretenden engañar ni manipular y que esa acción ocurre en muy contadas ocasiones. Cuando ocurre, no es porque haya sido buscado intencionadamente, por lo general, sino que muchas veces el emisor actúa con una clara inadvertencia. Pero hay que decir que eso no le exime de responsabilidad, porque también existe una ignorancia culpable y es obligación de los profesionales el salir al paso de cualquier interferencia consciente o inconsciente que pueda dañar la nitidez y la no intencionalidad de sus mensajes.

⁷ LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso: *Los jóvenes frente a una sociedad manipuladora*. Madrid, Ediciones San Pío X, 1984. Lo que aquí nos interesa se halla en la parte dedicada a la "Manipulación del hombre a través del lenguaje", p. 25-50.

Hay errores que no esconden ninguna carga ideológica detrás, mientras que de otros no podemos asegurar que sean inocuos del todo: si oímos en un telediario que, en unas inundaciones producidas en Tenerife, el agua se *apilaba* en las calles, podemos deducir que se trata de un error derivado de ignorar el significado exacto del verbo *apilar*, pues el agua no es posible amontonarla como si de sacos se tratara, haciendo pila o montón; si oímos que, el día que ganaron la Liga, los partidarios del Valencia *incineraron* tracas en las calles de Málaga, nos llevamos un pequeño susto, puesto que *incinerar* es reducir a cenizas, sobre todo cuando se trata de cadáveres, pero nada más (lo que se pone de manifiesto con la utilización de este verbo es la cursilería del locutor); pero si nos dicen –como nos dijeron en otro telediario– que en España el trabajo doméstico es *acaparado* por las mujeres hay que deducir un sesgo más inadecuado, porque si fuera así su actitud nos libra de responsabilidad a los varones y justifica nuestro escaso entusiasmo por colaborar: son ellas las que se apropian de las tareas comunes y nos dejan a nosotros sin opción a desarrollar nuestras cualidades y nuestro afán de cooperar.

Hay mensajes menos inocentes, claro está. Un entrevistador poco adicto al matrimonio, que quiera poner en evidencia el que se trata de un estado superfluo y perjudicial, puede preguntar repetidamente ¿Es rentable casarse? o ¿cree que formalizar una relación ante el altar lleva a los seres humanos a la felicidad? Planteadas así las cosas, está claro que tales cuestiones obtendrán una respuesta negativa de la mayoría de sus interlocutores, que es lo que está buscando para reafirmar sus prejuicios. Este es un ejemplo hipotético, pero el siguiente es real: cuando Julio Anguita dejó el cargo de coordinador general de Izquierda Unida presentó un informe de su gestión que fue aprobado por el 64 por ciento de los votos. Pues bien, un periódico tituló la noticia con estas palabras: "IU despide a Anguita con sólo el 64 por ciento de votos favorables a su gestión"⁸. Pasemos por alto la utilización del verbo *despedir*, que en este contexto muestra una cierta ambivalencia, pero es que además con ese "tan sólo" se nos induce a pensar que el apoyo con el que contaba era muy débil: quizás lo fuera, pero no le corresponde al redactor poner de relieve esos matices, sino ofrecer datos lo más asépticamente posible, para que sea el lector el que llegue a sus propias conclusiones⁹. En esa

⁸ Diario *Abc*, 29 de octubre de 2000, p. 26.

⁹ Casi todos los que explican los géneros periodísticos se explayan sobre la necesidad de separar la información de la opinión. También lo hace, desde su perspectiva no académica, Jean-François Revel, al decir que "el mal más pernicioso es la opinión disfrazada de información" (op. cit., p. 210).

línea los expertos detectan sutiles manipulaciones en los medios de comunicación y el saberlo nos tiene que poner sobre aviso a los usuarios, para que no nos dejemos engañar. Por supuesto, hay unos campos más permeables que otros a estas actuaciones y es conveniente que escarbemos para descubrirlos.

No pretendemos abarcar todo el espectro en el que es posible encontrar rastros de una manipulación, sino que vamos a centrarnos en la que se lleva a cabo por medio del lenguaje en algunas áreas en las que resulta más fácil detectarlo: unos temas actuales y peliagudos que se hallan presentes en todos los medios y sobre los que, en principio, hay consenso en una determinada dirección, pero que sin embargo se nos cuelan determinados "tics" que hacen peligrar la buena intención que se presupone y echan por tierra el afán de ser imparciales o, al menos, de no ayudar a los que no se lo merecen.

LENGUAJE POLÍTICO

Empecemos por el lenguaje tan singular de los políticos. De entrada hay que decir que el político y el periodístico son dos campos distintos, pero si nos ocupamos de aquellos es porque algunos aspectos negativos de su singularidad ha contagiado a quienes se ocupan de informar sobre sus actividades y declaraciones. Su jerga aparece ante el hablante normal, pero también ante los periodistas, dotada de unas cualidades que, por lo visto, algunos las tienen por sublimes: elevada, distinguida, críptica, fruto de sus muchos conocimientos sobre la realidad y sólo al alcance de unos pocos, de los iniciados en estos misterios. Naturalmente son muchos los que sucumben a esta fascinación¹⁰.

Cuando uno oye toda esa retahíla de alternativas, posicionamientos, consensos, paquetes de medidas o reversibilidades..., piensa que ha perdido la capacidad de entender lo que se le dice, pues resultándole familiares todas y cada una de las palabras, se le escapa el sentido global del discurso. Sin duda, quien le está hablando es un ministro o un diputado (incluso un concejal).

Parece ser que esta falta de entendimiento que provoca la comunicación política no es de ahora, que ya en otras épocas aparecían serias dificultades para comprender lo que los servidores del

¹⁰ Sobre el habla de los políticos existen abundantes estudios, como los de Manuel Alvar: "Lenguaje político: el debate sobre el Estado de la Nación (1989)". *Lingüística Española Actual* XIII/1, 1991; Marina Fernández Lagunilla: *La lengua en la comunicación política*. Madrid, Arco Libros, 1999; Amando de Miguel, dir.: *La sociedad española 1993-94*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 726-736.

poder (y los que se sirven de él) querían decir. Pero, sin duda, esta inclinación se ha ido acentuando con el paso de los años y a estas alturas da la impresión que sólo los que se mueven en este ámbito o les siguen muy de cerca pueden llegar a descifrar los discursos de los políticos.

No sería imposible que pusiéramos la radio o la televisión y escucháramos parrafadas como la siguiente: "En base a la descontextualización de la campaña electoral, evidentemente, realmente, digamos, un colectivo de personas no debe aceptar la marginalización de debates muy intensos y absolutamente clarificadores a nivel estatal..." Parece como si la persona que así se expresa tratara de ocultarnos sus pensamientos, porque no tiene claro qué quiere decir o no le interesa que lo sepamos nosotros.

Por otra parte, es posible que lo haga a propósito, porque el emplear una lengua escasamente accesible produce superioridad: sabido es que los sectores populares admiran a quien habla con seguridad, énfasis y distancia, incluso si emplea frases que no se entienden a la primera. Con ello se produce una ruptura de la tendencia más asentada en el hablante normal, que es la economía de lenguaje y la utilización de frases inmediatamente comprensibles, palabras cortas y sin complicaciones fónicas. Eso da singularidad a su discurso y llama la atención, frente a la sencillez que tenemos como norma en nuestra vida corriente.

Sólo dos ejemplos entre los muchos que podríamos aportar: el fragmento de una carta del ex-dictador chileno Augusto Pinochet, con motivo de su procesamiento por parte de la justicia de su país. Según sus palabras exculpatorias no fue un golpista ni nada parecido, sino tan sólo "el actor que, a raíz del colapso de los consensos básicos, como el quiebre de la institucionalidad y los requerimientos mayoritarios de los principales sectores de nuestra sociedad, le correspondió encabezar la importante misión de asumir la conducción política del país"¹¹. Presentadas así las cosas, es evidente que no le cabe ninguna clase de culpa.

Otrosí. Hace años, cuando estaban los socialistas en el Gobierno se entabló un cruce de declaraciones sobre si el ministro del Interior estaba dispuesto a mantener negociaciones con ETA. "Sí", vino a decir el ministro Barrionuevo, "pero no de carácter político, sino funcional". Sublime distinción, que nadie sabía qué podía representar, pero que sin duda abriría puertas a la pacificación. Un colaborador acudió en auxilio de su jefe y lo explicaba con estas

¹¹ Lo citaba Maruja Torres en su artículo "Eufemismos" (*El País*, 16 de septiembre de 1999).

palabras: "La negociación funcional constituye una práctica táctica de relación, de aproximación entre interlocutores no políticos, cuya finalidad está determinada por la consecución de unos determinados objetivos tácticos en un clima, o en un teatro, en el que están operando otros elementos"¹². Aquí habría que aplicar aquello tan definitorio que dijo un diputado en el Parlamento: "Es que hay cosas que, aun siendo verdad, no son ciertas"¹³.

Mediante datos y reflexiones, Ramón Nieto expone en su libro *Lenguaje y política*¹⁴ las relaciones que estas dos realidades han ido manteniendo a lo largo de los años, hasta desembocar en nuestro confuso presente. Entre las características que observa están la alusión perifrástica o de eufemismo ("residencias de la tercera edad" para no hablar de "asilos de ancianos"); traslación lingüística ("endémico problema" o "pertinaz sequía" lleva a que tomen fuerza unos adjetivos que invitan a la resignación, porque no se puede hacer nada contra una realidad que se nos impone); utilización de adjetivos disuasorios ("inquebrantable adhesión", "construcción irreversible de Europa": su contundencia eclipsa todas las dudas); anfibologías o ambigüedades (cuando los conceptos son equívocos o imprecisos); terminación en -izar en los verbos de moda ("maximizar", "instrumentalizar"), etcétera.

Lo más grave es la profusión de palabrería que impregna buena parte de estos discursos: una concatenación de términos que en el contexto en que son utilizados no significan nada, se hallan completamente vacíos. Pero ello no es óbice para que los periodistas, que les escuchan todos los días y que deberían estar vacunados contra su vacuidad y la confusión que propician, cuando se ponen a escribir resulta que no les sale otra cosa que la imitación, no de sus virtudes (que las tienen), sino de sus defectos. Como ha escrito el profesor Martínez Albertos, "los mismos políticos nos han contagiado de su hermetismo esotérico a unos profesionales de la comunicación —los periodistas— cuyo principal cometido es precisamente el contrario: hacer inteligibles a todo el mundo los relatos y los comentarios acerca de las cosas que ocurren. Los propios periodistas se han dejado seducir por esta *ideología de la oscuridad* que encandila a los políticos. Y de esta manera, reporteros y columnistas han pasado a engrosar las filas de los dirijentes que usan este tipo de lenguaje que algunos llaman 'graznidos de pavo', en lugar de

¹² Declaraciones del subsecretario Rafael Vera al periodista Agustín Valladolid en el semanario *Tiempo*, 3 de septiembre de 1984.

¹³ BEAUMONT, José F.: "La mala lengua de los diputados", en el diario *El País*, 5 de marzo de 1993, p. 28.

¹⁴ NIETO, Ramón: *Lenguaje y política*. Madrid, Acento Editorial, 2000.

apostar por un castellano básico". A su juicio, la utilización de la lengua estándar "representa hoy la mejor garantía que la sociedad puede brindar a los ciudadanos para que el derecho a recibir una información veraz sea técnicamente posible" ¹⁵.

Pero hay que preguntarse si esa actitud de cierre, de confusión conceptual no es algo buscado, frente a la idea amable de que se trata de un simple defecto en el que algunos incurren. Para Amando de Miguel, "lo importante en los razonamientos políticos no es la verdad, sino la verosimilitud. No es, pues, gratuita la oscuridad de la oratoria de los políticos; no son caprichosos sus trucos retóricos. Conseguir el poder y mantenerse en él es el objetivo más importante de un político" ¹⁶. Umberto Eco afirma que ese lenguaje escasamente comprensible se llega a convertir en un objetivo ideológico deliberado¹⁷. Haro Tecglen insiste: "Ya no son casi comprensibles los diarios y los informativos de televisión, que utilizan un vocabulario de entendidos, una lengua de sacerdotes y de mandarines, sobre todo desde que se han diluido todas las informaciones en una sola, que es la económica, que está precisamente hecha para no ser comprendida" ¹⁸. Algunas actuaciones nos hacen pensar que esta postura, aparentemente radical, puede que no esté mal fundada. Quizás no haya que llegar tan lejos, pero algo hay en ese sentido.

Un tema tan delicado como el que acabamos de exponer es el que hace referencia al terrorismo y, más en concreto, al lenguaje que van imponiendo sus compinches. ¿Son conscientes en todo momento los periodistas de que la forma de hablar de las actividades terroristas puede contribuir a forjar una imagen impropia y aun favorecerles por la forma en que se presentan ante la opinión pública? Está claro que no, y eso que nos estamos refiriendo a profesionales y medios que se sitúan radicalmente en contra de los planteamientos absurdos, intolerantes y criminales de aquellos. El problema está en que no calibran suficientemente el peso y el valor de las palabras que emplean y se dejan llevar por lo que se ha convertido en uso común.

¹⁵ MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis: "Lenguaje político y periodismo", en la revista *Periodistas* nº 49, enero de 1988, p. 12. Sobre esta cuestión es interesante atender al artículo escrito por Luis Núñez Ladevéze: "Lenguaje del político, lenguaje del informador", en *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, nº 5. Madrid, Universidad Complutense, 1999, p. 111-127.

¹⁶ DE MIGUEL, Amando: *La perversión del lenguaje*. Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 26.

¹⁷ Cf. en Martínez Albertos (nota 15), p. 13.

¹⁸ HARO TECGLEN, Eduardo: "Ningún libro", en el diario *El País*, 12 de agosto de 2000 (p. 10 del suplemento "Babella").

Veamos lo que ocurre con los eufemismos. Su utilización viene de lejos, pues constituyen un tipo de expresión que ocultaban decisiones y actuaciones que podían resultar desagradables para la opinión pública y, por tanto, perjudiciales para los fines que el poder se propone. Desde ciertas instancias se han acuñado una serie de términos que al final han acabado por ser de uso común con la eficaz colaboración de los periodistas. Cuando una realidad no gusta se suele disfrazar y esta operación se inicia con la búsqueda de términos encubridores. Sólo hay que ver lo que ha ocurrido con la forma de señalar a quienes por sus hondas carencias económicas constituyen una acusación para los que acumulan riquezas, los pobres o los miserables (aunque este último término haya derivado hacia la pobreza moral). Ya a mediados del siglo XIX se comenzó a designarles como "económicamente débiles" o "desheredados" (después se les llamará "descamisados"). Desde entonces no han hecho más que aumentar los vocablos que se podía aplicar a estos "desfavorecidos".

Hemos conocido cómo durante el franquismo se huía del término "proletario" (marcado por la teoría marxista), y ni siquiera se aceptaba el más neutral de "trabajador", y se les aplicó la forma aséptica y huidiza de "productores". Quizás les pareciera a los capitostes que de esta manera se suprimía de un plumazo la lucha de clases. Pero ya se sabe que las cosas no son tan sencillas. Durante la segunda Guerra Mundial los nazis desarrollaron un elenco de fórmulas en este campo y, si no hubiera otras, sólo el hallazgo del sintagma "solución final", para denominar el exterminio programado de los judíos, hubiera pasado a la historia. La guerra que en los últimos años ha tenido lugar en la antigua Yugoslavia ha acuñado multitud de fórmulas para tapar lo que hiede y expresiones como "limpieza étnica" y "daños colaterales" han sido usados con profusión y desparpajo para ocultar impudicamente las matanzas de las etnias que estorbaban y los daños que los bombardeos masivos estaban produciendo¹⁹.

Algo semejante está ocurriendo con el trato semántico que está recibiendo la organización terrorista ETA. Resulta que calificamos de "violentos" no a quienes se les escapa una bofetada, sino a los que asesinan por la espalda (¿Se dice acaso "Dos violentos asesinaron al dueño de un bar en Getafe"?). Quienes les apoyan son "abertzales", patriotas, como si sólo lo fueran quienes llevan una pistola en la mano. Ellos practican la "lucha armada", colocándolos

¹⁹ HERNANDO, Bernardino M.: "Milosevic ganó una guerra o la batalla de los eufemismos", en la obra colectiva *Las mil caras de la comunicación. Homenaje al profesor don Angel Benito*. Madrid, Universidad Complutense, 2001, p. 1.219-1.231.

en un plano de igualdad con los miembros del Ejército, defensores de la paz, el orden y el Estado de Derecho, con lo cual resulta que sus posiciones y actividades se presentan implícitamente equiparadas. De la misma manera hablamos de unos jovencitos que llevan a cabo la "lucha callejera", que no es otra cosa que el vandalismo y la intimidación; del "impuesto revolucionario", que no es sino chantaje y extorsión; hay "comandos legales", que son los que dan cobertura a los que matan; y se llega a una "tregua", que es un cese pactado de hostilidades entre los enemigos que se hallan en guerra, algo difícilmente aplicable al País Vasco. El uso de expresiones de esta naturaleza hacia concluir al Defensor de los Lectores del diario *El País* que "el lenguaje terrorista se ha colado en los entresijos de la información, y seguimos hablando con pasmosa ingenuidad de *comandos legales* –lo hace incluso el Gobierno y la policía en sus informaciones– o de violencia callejera". Invita a continuación a que los lectores no dejen de "analizar los textos con talante inquisitivo tratando de descubrir si, bajo apariencia informativa, se ocultan cargas que sesgan y pervierten el propósito que se supone"²⁰.

Frente a este quedar subyugados por el lenguaje de los políticos (e imitarles en cuanto se ofrece la menor oportunidad), hay realidades menos gratas que también tienen su correlato en los periódicos, negativo claro está. Hay ocasiones en que el discurso ideológico aflora en la información y de esa manera, sin que se den cuenta quienes están escribiendo, hacemos nuestro en las páginas de los periódicos lo que estamos oyendo en el Congreso, en las tribunas y en las ruedas de prensa.

SOBRE LA INMIGRACIÓN

Veamos lo que ocurre en el campo de la inmigración, con la manera de informar sobre una situación que a muchos ciudadanos les causa inquietud. Hay que preguntarse si desde los periódicos, radios o televisiones hacemos todo lo que está en nuestras manos para que los trabajadores y familias que llegan a España –en ocasiones forzando con su presión y hasta con sus vidas las leyes y normas administrativas para la entrada de extranjeros– sean acep-

²⁰ VALDECANTOS, Camilo: "Matar, abatir, asesinar...", en el diario *El País*, 17 de marzo de 2002, p. 20. Es interesante a este respecto el artículo de Miguel García-Posada: "Máscaras y palabras", en el diario *El País*, 5 de agosto de 1997, p. 9. Alex-Grijelmo aborda este problema en su libro *La seducción de las palabras* (Madrid, Taurus, 2000), sobre todo en el capítulo "El poder de las palabras, las palabras del poder".

tados por la población, al tiempo que les hacemos comprender que también ellos deben realizar un esfuerzo para caminar hacia una paulatina integración.

Por supuesto que se percibe un notable voluntarismo en la prensa –sobre todo a través de la publicación de editoriales, artículos y comunicados de entidades solidarias–, pero lo que impacta al lector no es tanto la piadosa y solemne declaración de intenciones cuanto el incontable goteo de informaciones que caen de forma suave, pero constante, sobre unas cabezas escasamente pensantes, escasamente críticas. Ayudaría el que los periodistas adoptáramos otra actitud, la de contextualizar las noticias, la de ofrecer elementos de comparación y de discernimiento.

¿Qué se desprende de esa multitud de hechos que, a través de los medios de comunicación social, llegan a nuestros oídos, a nuestros ojos? Se podría ensayar una clasificación, pero habría que destacar un par de estereotipos que se repiten con abrumadora frecuencia: de inmediato se percibe que situamos al inmigrante en dos categorías, que son la de invasor y la de delincuente. Los apresamientos de los recién desembarcados en pateras o aviones, que durante algunas temporadas se convierten en noticias habituales y lo único que cambia es el número de los detenidos o de los cadáveres encontrados, configura una opinión pública que se siente invadida, con todos los mecanismos de defensa, protección y rechazo que inmediatamente suscita. Con frecuencia al hablar de su llegada se utiliza el adjetivo “masiva”, a todas luces desproporcionado, pero que acentúa los rasgos de una invasión, muy lejos de la consideración de que se trata del desplazamiento de unos centenares de personas desesperadas. Parece que vayan a venir todos, que no nos van a dejar sitio, que nos van a echar de nuestras casas, que nos quitarán el trabajo y la paz social.

Nadie los presenta así, evidentemente; pero a veces, sin quererlo, se ofrece un tratamiento sesgado, en línea con lo que piensa, en el fondo de su mente, buena parte de la población. Por poner algún ejemplo, obsérvese la titulación y redacción de una noticia que podíamos leer en un periódico madrileño, con el encabezamiento “Nuevo desembarco de inmigrantes ‘ilegales’ en las playas de Tarifa a plena luz del día”²¹.

Una lectura superficial no pondría reparos a la presentación de esta noticia, pero al profundizar en su escritura nos encontramos con que su exposición no es tan inocua como parece, sin que pretendamos atribuir intencionalidad alguna a su redactor. Vayamos por

²¹ Diario *Abc*, 31 de agosto de 1992.

partes: "Desembarco" es una palabra en apariencia aséptica, pero que sugiere la llegada por mar de un gran número de personas, que salta del barco con ánimo de invadir un territorio; para el diccionario académico (1984) una de las acepciones es "operación militar que realiza en tierra la dotación de un buque o de una escuadra, o las tropas que llevan". Puede parecer excesiva esta interpretación, pero es que en este término subyace un sentido invasor del cual el lector no siempre es consciente, pero ahí queda. Además se habla de "nuevo", otro más, como si las huestes fueran llegando escalonadamente para sumar fuerzas a quienes ya habían establecido una cabeza de puente. Se trata de inmigrantes a los que se califica de ilegales, con un remachamiento innecesario, como si la llegada por este medio tan sorpresivo pudiera ser una forma natural de entrar en un país para los que se desplazan en busca de trabajo: pleonismo o redundancia que remarca su situación de individuos fuera de la ley²². Y no se deja de señalar que su acción desafiante la realizan "a plena luz del día", como si no les importara ser descubiertos por las fuerzas de seguridad o no tuvieran conciencia de que para la comisión de delitos hay que buscar la impunidad que ofrece la noche oscura.

A continuación se decía: "Varios bañistas que iniciaban la jornada de ayer en las playas de Tarifa se vieron sorprendidos por la llegada desde el otro lado del Estrecho de cuatro pateras que transportaban otro contingente de africanos con la pretensión de desembarcar en la costa española". La noticia se abre con un contraste llamativo: mientras los bañistas principian su apacible jornada en el marco de unas vacaciones ganadas con el sudor de los laboriosos once meses restantes, llega aquella avalancha humana, que infringiendo las leyes y atropellando la paz de los justos, irrumpe con su carga de desorden. Se ven *sorprendidos* en sus expectativas de tranquilidad, *por la llegada desde el otro lado del Estrecho* (gentes africanas y, por tanto, para el imaginario popular, salvajes, sucias, desordenadas), de *cuatro pateras* (no es un simple barquito, sino cuatro, un número preocupante), que llevaban un *contingente* (según el *DRAE*, también significa las "fuerzas militares de que dispone

²² Esta insistencia en su carácter de ilegales raramente se aplica a los que llegan desde el norte de Europa, que también cruzan la frontera de una manera que los sitúa al margen de la ley. ¿Será por el color de la piel? ¿Porque, pese a todo, pueden presumir de su condición de europeos? ¿Cuál es la causa de que no mantengamos tantos prejuicios contra ellos, como los que soportan nuestros vecinos marroquíes o africanos, a los que aplicamos criterios despectivos, como antaño a los portugueses? ¿Será porque, al llegar desde los antiguos países comunistas, tenemos con ellos unas ciertas delicadezas, como si de refugiados políticos se tratara? No tenemos una respuesta precisa a estas preguntas.

el mando”) y que tienen la *pretensión* (que admite como sinónimos reconocidos el engreimiento, el orgullo, la ambición), de *desembarcar* en la costa española. Para qué seguir... Algunos pueden pensar que no es para tanto, que se ha recurrido a palabras sencillas de uso habitual y que no deben efectuarse interpretaciones desproporcionadas. Admitamos que esta lectura, llevada a sus últimas consecuencias, puede configurar una especie de caricatura, pero qué duda cabe que detrás de palabras sin malicia se pueden esconder matices que refuerzan la idea de rechazo e intolerancia.

En segundo lugar, el inmigrante aparece abundantemente en la sección de sucesos. Cantidad de noticias de este cariz negativo se hallan protagonizadas por inmigrantes, bajo cualquiera de las denominaciones con que queramos señalarlos: marroquíes, magrebíes, norteafricanos, africanos, sudamericanos, asiáticos, individuos de color, “sin papeles”, o con los gentilicios que les corresponden: algunos de ellos, con el tiempo, se van cargando de fuerza negativa²³. En pocas ocasiones se trata de delitos genéricos, como asesinatos, robos, agresiones, violaciones o violencia conyugal, y en cambio abundan más los que se derivan de su propia condición marginal: entrada ilegal, mafias, secuestros, exigencias de rescate, explotación, prostitución...²⁴ También hay que diferenciar entre dos realidades: aquellos delitos de los que es autor y otros muchos en los que se limita a sufrir las consecuencias. En ambos casos aparecerán en las páginas de sucesos, pero evidentemente no es lo mismo. Sin embargo, nos atreveríamos a decir que para el lector corriente sí es lo mismo, porque no entra en estas distinciones y

23 Si cada vez que el natural de un país comete un delito lo hacemos notar en el título, evidentemente contribuiremos a esparcir un concepto negativo sobre la totalidad de sus compatriotas. Todavía se actúa de esta manera cuando se trata de marroquíes, nigerianos, colombianos o rumanos, por ejemplo, como antes se hacía con los gitanos (en este caso ha disminuido, gracias a las protestas de los colectivos de esta etnia). Si señalamos la procedencia del delincuente en algunos casos, ¿por qué no en todos? ¿Si decimos “Detenido un joven argelino por violar a una muchacha en un parque”, por qué no apuntamos su origen cuando es de Cuenca o de Sabadell? El Libro de estilo de *Abc* indica a sus redactores que “Las personas citadas en las noticias no deberán ser identificadas por su raza, color, religión u origen étnico, a menos que tal identificación resulte necesaria para la comprensión de los hechos relatados”.

24 Una noticia reciente nos revela que “una red controlaba en Albacete a 1.500 braceros búlgaros irregulares” (*El País*, 14 de diciembre de 2001). Subrayemos que se trata de diez españoles y un búlgaro los que manejaban a esta ingente cantidad de personas, a las que mantenían en situaciones de semiesclavitud. No cabe duda de que tal situación permitía que se lucraran sobre todo una serie de españoles, que eran los que explotaban el negocio y jugaban con la vida y aspiraciones de docenas de miles de extranjeros, a los que se promete poco menos que el paraíso.

mete en el mismo saco unas y otras actividades hasta llegar a formarse una idea que le parece de toda evidencia: los inmigrantes son unos desalmados que, además de invadirnos de forma tan masiva, nos están quitando la paz de que gozábamos antes de su llegada. Como si en épocas anteriores nadie cometiera delitos por estas tierras.

A estos dos tipos que hemos descrito hay que sumar un tercero, que es el inmigrante presentado como víctima. Numerosos extranjeros están siendo transportados a España sin las más mínimas condiciones de seguridad (el número de muertos habla bien claro de esta lacra); se les explota, maltrata, margina, no se les dota de derechos... Ante ello cabría pensar que la reacción de los ciudadanos es de compasión y solidaridad y, sin duda, así sucede en muchas ocasiones, pero en otras –casi nos atreveríamos a decir que más numerosas– lo que se percibe es indiferencia y cansancio: “Si se hubieran quedado en su país”, “no van a pagarles como a los españoles”, “bastante hacen con darles trabajo”, “son cosas de ellos”... Es más. Para muchos lectores la referencia que encuentran en tales páginas es siempre negativa, ya aparezcan de una forma o de otra. Para ellos sería lo mismo “Detenido un joven argelino por violar a una muchacha en un parque” que “Detenido un joven por violar a una muchacha argelina en un parque”: cosa de argelinos en cualquier caso. Cabría decir aquí que, además de sufridos, apaleados.

Los lectores no llegan a percibir que estas características son producto del estadio de marginalidad en el que se mueven. Dado que muchos no poseen nada, algunos no tienen más remedio que procurar sobrevivir *invadiendo*, que ya por sí es un delito, o *atacando*, con robos y agresiones, que en realidad son menos de los que parecen. Pero ante esta situación les estamos ofreciendo pocas oportunidades de redimirse, antes bien les empujamos hacia mayores cotas de marginación²⁵.

Por supuesto, en pocas ocasiones tomamos en cuenta que multitud de empleadores se lucran de su presencia, porque se aprovechan de esta marginalidad o “sinpapelismo” para cubrir los huecos de trabajo que los españoles rechazan y aún más, les explotan canallescamente en sueldos, intensidad de la tarea o condiciones de vida infrahumana en los casos en que se han comprometido a ofrecérsela. El resultado de todo ello es que funciona de forma lar-

²⁵ Se puede profundizar en los problemas de los inmigrantes por medio de dos libros del año 2001: el de TÉLLEZ, Juan José, *Moros en la costa* (Debate), y el de AZURMENDI, Mikel, *Estampas de El Ejido* (Taurus).

vada un rechazo que en pocas ocasiones se expresa con claridad, porque está mal visto. Pero los sondeos dan idea de los sentimientos profundos²⁶.

A la vista de la imagen que los medios de comunicación están contribuyendo a fijar, en ocasiones con una voluntad de actuar en sentido contrario, cabe deducir que al periodismo español le hace falta dar un paso decidido en la línea de la interpretación, o más llanamente, de la explicación. Un número tan elevado de noticias llega a ofrecer una visión distorsionada de la realidad, si no se explica por qué suceden determinados hechos. Es una idea que se está repitiendo mucho, pero a la que no se atiende debidamente. Por ejemplo, el ministro italiano Rocco Buttiglione decía en Madrid: "La sociedad de la información es, en este sentido, la sociedad de la desinformación por exceso de información. La información falta porque no hay información o tal vez porque hay demasiada, y no hay instrumentos para distinguir entre la información relevante y la no relevante, y el rumor, en el trasfondo, sumerge las voces que intentan comunicarse. Todos hablan y nadie escucha"²⁷. Es verdad que, de cuando en cuando, los buenos medios nos obsequian con reportajes que buscan ahondar un poco más en las causas de los acontecimientos, pero a la vista de cómo son captados éstos, hay que pensar que no lo hacen de forma satisfactoria ni las suficientes veces.

Frente a posturas objetivistas, para las que los medios de comunicación sólo deben reflejar la realidad y no interferir en ella, se impone la que propugna que es conveniente trabajar para cambiar nuestra sociedad en un sentido positivo. Que es necesario una posición más beligerante para conseguir que nuestra sociedad sea tolerante, solidaria, aceptadora de los demás y que ayuda a que los forasteros encuentren un lugar digno a nuestro lado.

Esta actitud no siempre se está logrando, porque no se trata de prodigar declaraciones grandilocuentes, sino de actuar en el día a día en la dirección que hemos señalado. Los mensajes que enviamos los periodistas son enormemente sutiles, pero el cuerpo social

²⁶ Por ejemplo, en una encuesta realizada en Mahón se ponía de manifiesto que tres de cada cuatro ciudadanos cree que la inmigración, más tarde o más temprano, será el problema del municipio y el 63 por ciento considera que se debería restringir la llegada de inmigrantes. Todo eso en una comunidad que ha visto aumentado su status social y económico respecto al sondeo realizado un lustro antes, que goza de pleno empleo y cuyos habitantes se enmarcan en una ideología confesada de centro-izquierda (Diario *Menorca*, 20 de noviembre de 2001, p. 8).

²⁷ Lo dijo en su discurso de clausura del III Congreso "Católicos y vida pública" y se publicó en *Alfa y Omega*, Documentos 14 (noviembre de 2001), p. 28.

percibe lo que subyace en el fondo de nuestras palabras. Cuando poco, hay enormes contrasentidos en nuestros comportamientos. Se nos llena la boca al hablar de comprensión, de mestizaje, pero todo el mundo entiende que eso es hermoso cuando se trata de las ideas o de las relaciones entre los sectores más favorecidos, pero un problema desagradable y algo que debe ser cuidadosamente evitado en tanto que aplicado a los más necesitados²⁸. Pero tampoco debe extrañarnos mucho, porque la sociedad y cada uno de nosotros vivimos en permanente estado de contradicción.

ANTE LAS MUJERES

Por último querría referirme a la manera como son tratadas las mujeres en las páginas de los periódicos. Esa igualdad, esa equiparación, a la que se tiende y que, por supuesto, nos hallamos lejos de lograr, no siempre se plasma en un lenguaje adecuado. Quizás algún día se llegue al ideal de que las dos partes en que se divide la humanidad en razón del sexo se sitúen a la misma altura, pero nunca se alcanzará si antes no nos esforzamos en emplear un lenguaje paritario, que no humille a un sector y que no tenga connotaciones ofensivas o minusvaloradoras, aunque no se pretendan.

No cabe duda de que el lenguaje, en general, es sexista²⁹ y en el empleo que hacemos de determinados términos subyace una honda carga despreciativa. Basta recurrir a ejemplos elementales. Hay que ver la diferencia que existe entre un hombre público y una mujer pública: en el segundo caso es equiparable a ramera, mientras que en el caso del varón es "el que interviene públicamente en

28 Leemos en el diario *El País* (20 de noviembre de 2001): "La riqueza del mestizaje marca el encuentro entre autores antillanos de distintas lenguas". ¿Sería posible un titular semejante referido a los ciudadanos marroquíes o nigerianos, esos que viven inmersos en la pobreza y que tantas esperanzas tienen depositadas en nuestra sociedad y en nuestra acogida?

29 Es interesante a este respecto el contenido de dos obras de Álvaro García Mesequer: *Lenguaje y discriminación sexual* (Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1977) y *¿Es sexista la lengua española?* (Barcelona, Paidós, 1994), y la de Robin Lakoff: *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona, Hacer editorial, 1995. También lo es un artículo de Rosa Montero en el que leemos: "La lengua reproduce fielmente al cuerpo que hay debajo (...). Una sociedad machista y patriarcal, como todas lo han sido durante milenios, construye un lenguaje patriarcal y machista. Que la palabra hombre sea genérica no es sólo una convención útil: es además una convención útil específicamente emanada de una sociedad en la que el varón era la medida de todas las cosas" ("El lenguaje sexista", en *El País Semanal*, 9 de abril de 1995, p. 8).

los negocios políticos”³⁰. Algo semejante ocurre con la voz ‘zorro’ o ‘zorra’ de desigual aplicación, porque el primero es “hombre taimado y astuto”, mientras la segunda es sinónima de “prostituta, mujer pública”. Y no le echemos la culpa a los miembros de la Real Academia, porque lo que hacen éstos es reconocer lo que los hablantes hemos consagrado por el uso³¹.

Pero estas son cuestiones que afectan a los hablantes en general, mientras que nosotros nos estamos centrando en la utilización del lenguaje en los medios de comunicación social. Es evidente –al menos no lo recordamos– que en sus páginas no se trata a la mujer con desprecio, pero ¿no se han fijado que hay ciertos matices impropios, que responden a una mentalidad masculina, aunque incurran en ella hasta las propias mujeres? Observen, por ejemplo, cuántas veces se aplica el artículo determinado a los nombres propios de las mujeres, pues se habla de ‘la Thatcher’, incluso con cierto matiz grosero, de ‘la Botella’ o de ‘la Tocino’. Ustedes saben que esta manera de señalar, derivada del ámbito rural o popular, donde se habla de ‘la Paqui’ o de ‘la Juanita’, no se aplica con la misma facilidad a los varones, y no vamos a encontrarnos –en las páginas de los diarios serios– con ‘el Aznar’ o ‘el Zapatero’, ni siquiera con ‘el Pinochet’ o ‘el Berlusconi’. Hay una minusvaloración de la presencia política de las mujeres, como si fuera una concesión generosa por nuestra parte, pero no una consideración con toda justicia: por lo tanto lo que se está produciendo es una clara manipulación.

En la misma línea se percibe que el trato que se da en las entrevistas a las mujeres dista mucho de ser la misma que a los varones. El periodista parece en algunos casos que cuando habla con ellas se sitúa en una posición condescendiente, las llama por su nombre de pila y no por el apellido (como ocurre con ellos), las tutea en ocasiones y sobre todo da entrada en una medida muy notable a lo que representa el mundo doméstico (el que lo vivan con más intensidad es una suerte para ellas), pero tal como se ofrece parece que sea una concesión a quienes han salido en gran medida de él, pero se les está recordando que es ahí donde está su sitio.

Lo mismo podríamos decir de esas entrevistas a las mujeres que se dedican a la política o a los negocios donde se las interroga

³⁰ Así se registra todavía en la vigésima edición del *Diccionario de la Real Academia Española* (Madrid, 1984).

³¹ Para Javier Marías, “la lengua no se cambia por decreto o porque lo desee un determinado grupo social, ni siquiera la cambia el diccionario, que se limita a registrar los términos que le parecen suficientemente instalados en el uso y habla de los ciudadanos” (“Cursilerías lingüísticas”, en el diario *El País*, 20 de marzo de 1995).

sobre cómo compaginan su trabajo con la crianza de los hijos: ¿Han visto ustedes que se pregunte lo mismo a los varones? ¿Pero es que éstos no tienen hijos a los que criar? Lo que subyace es una cierta censura, como si les estuvieran reprochando: "Sí, sí, mucho destacar y ganar dinero, mucho ascenso y reconocimiento social, pero seguro que no les atienden debidamente para que coman bien, para que avancen en el colegio: los tienen muy abandonados..." ¿Han visto alusiones semejantes cuando se habla con el padre?

Por último hay que considerar la utilización en todo momento del término 'hombre' como genérico. Hasta ahora no se daba importancia a este hecho, pero dado que es innecesario su uso y dado que hay recambios como 'persona' o 'ser humano' es más apropiada esta solución. Ya sabemos que la lengua no se dirige por decreto, pero es bueno tomar conciencia de estas situaciones para ir empujándola suavemente en la dirección que consideramos mejor para varones y mujeres³².

Hemos llegado al final. Habrá que suponer que ahora tenemos más claro que el lenguaje no es inocente, que en palabras aparentemente asépticas se esconden peligros e insinuaciones que debemos eludir, que el lenguaje de los periódicos oculta en ocasiones unas ideas que no nos atrevemos a manifestar explícitamente, pero que ahí están, dispuestas a asomar la oreja a poco que nos descuidemos. Hemos analizado sólo algunos aspectos, pero hay muchos más en los que cabría entrar. Los periodistas deberían ser más conscientes de estos riesgos y necesidades y conocer la máxima de Hjelmslev, "el que quiera ser dictador haría bien en estudiar semántica".

³² Críticas y propuestas de solución en este campo se alternan en los estudios de dos investigadoras: "Sexismo y lenguaje. El estado de la cuestión: reflejos en la prensa", de Soledad de Andrés, y "Nombre en femenino y masculino: sugerencias para un uso no sexista de lenguaje en los medios de comunicación", de Mercedes Bengoechea, en GARRIDO MEDINA, Joaquín, ed.: *La lengua y los medios de comunicación*. Madrid, Universidad Complutense, 1999, p. 258-266 y 267-281 del t. I.